

R. GOSCINNY - A. UDERZO

Astérix

EL GOLPE DE MENHIR

EL ÁLBUM
DE LA PELÍCULA



**ediciones
junior s.a.**
grupo grjalbo - mondadori

UDERZO

GOSCINNY Y UDERZO
PRESENTAN

Astérix

EL GOLPE DE MENHIR

EL ÁLBUM
DE LA PELÍCULA



ediciones junior s.a.

grupo grijalbo - mondadori

barcelona

R. 3277

El presente álbum está basado en la película
"ASTÉRIX Y EL GOLPE DE MENHIR",
producida por Yannik Piel para Gaumont,
Gaumont Production y Extrafilm Produktion.

El guión ha sido adaptado por Yannik Voight
de los álbumes "EL ADIVINO" y "EL COMBATE DE LOS JEFES",
publicados por Grijalbo/Dargaud.

La película ha sido realizada por Philippe Grimond,
con Keith Ingham como director de animación.
Michel Guérin ha dirigido los decorados,
dibujados por Thierry Fournier, Michael Gabriel,
Miguel Ángel Gil y Michel Pisson.

La maqueta del álbum
ha sido concebida por Patrick Couratin y Frédéric Mei
para Crapule Productions!

El texto ha sido adaptado por Hélène Caure y Catherine Najac,
y las fotografías tomadas por Serge Masi.

Titulo original: Le coup de menhir
Traducción: Alfred Sala

© 1989 Éditions Albert René, Goscinny & Uderzo
Licencia exclusiva para la edición
en lengua castellana:

© 1990 EDICIONES JUNIOR, S.A.
Aragó, 385 - 08013-Barcelona
ISBN: 84-7419-736-8 cartóné
Depósito legal: B. 3950-1990

SIRVEN GRAFIC, Santander, 60-62, 08020 Barcelona



Estamos en el año 50 antes de Jesucristo. Toda la Galia se halla ocupada por los romanos... ¿Toda? ¡No! Una aldea poblada por irreductibles galos resiste todavía y siempre al invasor. Y la vida no resulta fácil para las guarniciones de legionarios de los campamentos fortificados de Babaórum, Acuárium, Laudánum y Petibónum...

¡Por Tutatis! Nuestro paseo por el bosque ha sido fructífero. Obélix y yo volvemos cada uno con un jabalí sobre nuestros hombros. ¡La caza del jabalí es nuestra diversión favorita! Luego viene la caza de romanos. Al revés que los jabalíes, los legionarios no van solos y siempre se desplazan en grupo. Extraña costumbre... Dicen que es para imponer la paz romana.

Vaya, he aquí a Panorámix disfrutando también de este hermoso día.

– ¿Qué, amigos, alguna novedad?

– Pues no, hemos tenido buena caza.

– A mí me ha ayudado Ideafix: ¡Así es más fácil!

– precisa Obélix, enternecido.

– ¡Ah! Lo olvidaba: nos hemos tropezado con una patrulla de soldados romanos.



Obélix, lacónico, concluye: Están locos, esos romanos.







Panorámix prosigue tranquilamente su camino hasta el claro del bosque. Conoce bien este sitio. Aquí es donde viene a coger las hierbas de la composición (secreta) de la poción mágica. La misma que nos ha dado fama. (¡No sólo en la Galia ocupada!)

Absorto en su recogida, nuestro druida no se fija en nada más. Ni en el bosquecillo que oscila como un navío en alta mar, ni en los cascotes que adornan los ramajes, ni en los pies que se impacientan entre el follaje. Extraños matorrales que parecen, sin duda, legionarios romanos del campamento de Petibónum, camuflados al estilo "paisaje armoricano".

¡Están por todas partes, estos romanos!

Levantando la hoz, Panorámix se dispone a cortar una planta un tanto particular: ¡es el dedo gordo del pie de un romano! El legionario en cuestión lanza un rugido. En un abrir y cerrar de ojos, como un solo hombre, el bosquecillo se echa sobre el druida, lo sujeta y amordaza y pretende llevárselo al campamento romano. El pobre Panorámix, anonadado, sólo tiene tiempo de gemir un débil "Eh".

Desconcertados, Obélix y yo asistimos a esta insólita escena campestre. Yo me lanzo en su socorro aullando:

– ¡Nuestro druida! ¡Los romanos!

– ¡Voy a hacer que se dispersen, verás tú!

Obélix coge un menhir de buen tamaño y apunta a los matorrales romanos, los cuales ponen de inmediato pies en polvorosa. ¡Braoum! El menhir termina su trayectoria precisamente encima de Panorámix. Un buen golpe de menhir, cierto, pero yo estoy furioso de verdad...

– ¡Bravo, Obélix! ¡Bravo!

Algo avergonzado, ese pedazo de alcornoque de Obélix susurra tímidamente:

– Bueno, les he hecho marchar, ¿no?

Levanta el menhir y libera a nuestro aplastado druida, desmayado.

– Y ahora, ¿qué hacemos?

– ¡Lo hinchamos! – sugiere Obélix con aplomo.



Sumamente inquietos, transportamos a Panorámix a la plaza del pueblo, al pie de un árbol. Al saber lo sucedido, acuden, conternados, todos nuestros amigos. Afortunadamente, nuestro druida es fuerte.

– ¡Ya está! Vuelve en sí. ¿Cómo te encuentras, Panorámix?

– Muy bien... ¿Quién es Ud., señor?

– ¡Soy Astérix! Bien que lo sabes... ¡Astérix!

– ¡Encantado!

Se incorpora, nos mira y se echa a reír.

– ¡Ji, ji, ji! ¡Mira que sois graciosos!

Tranquilo ya, Obélix se dirige a él.

– Estoy muy contento de ver que gozas de buena salud. Bueno, ya sabes, un menhirito así sólo hace cosquillas...

– ¡Jo, jo, jo! ¡Mira que eres GORDO! ¡Jo, jo, jo!

A Obélix no le afecta el humor druídico. En cambio para el bardo, Asegurancéturix, es la ocasión soñada: entona una balada. Estupefacción general: Panorámix aplaude iy pide otra!

**¡ SE HA
VUELTO LOCO!
¡ PANORÁMIX
SE HA VUELTO
LOCO!**

– ¡Se ha vuelto loco! ¡PANORÁMIX SE HA VUELTO LOCO!

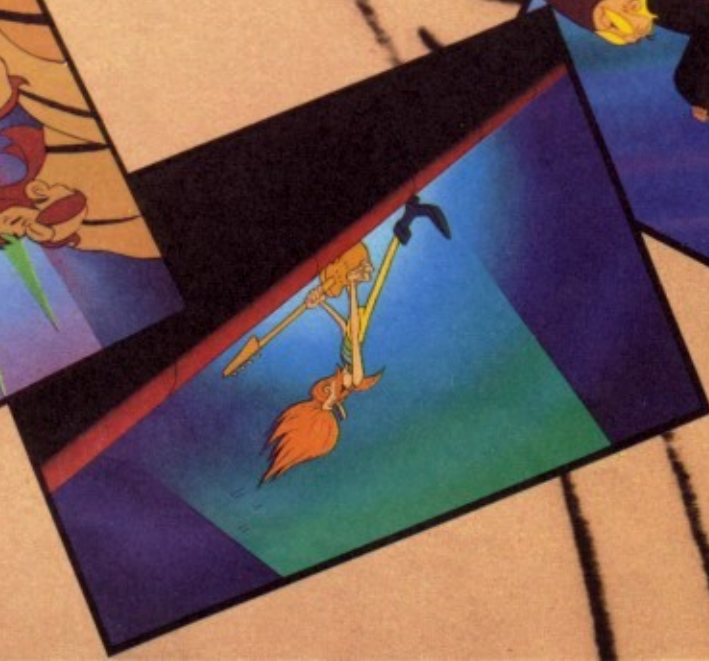
¡¡Pues hay que estar loco para que a uno le guste el canto del bardo!!

El estupor aparece en todas las caras.

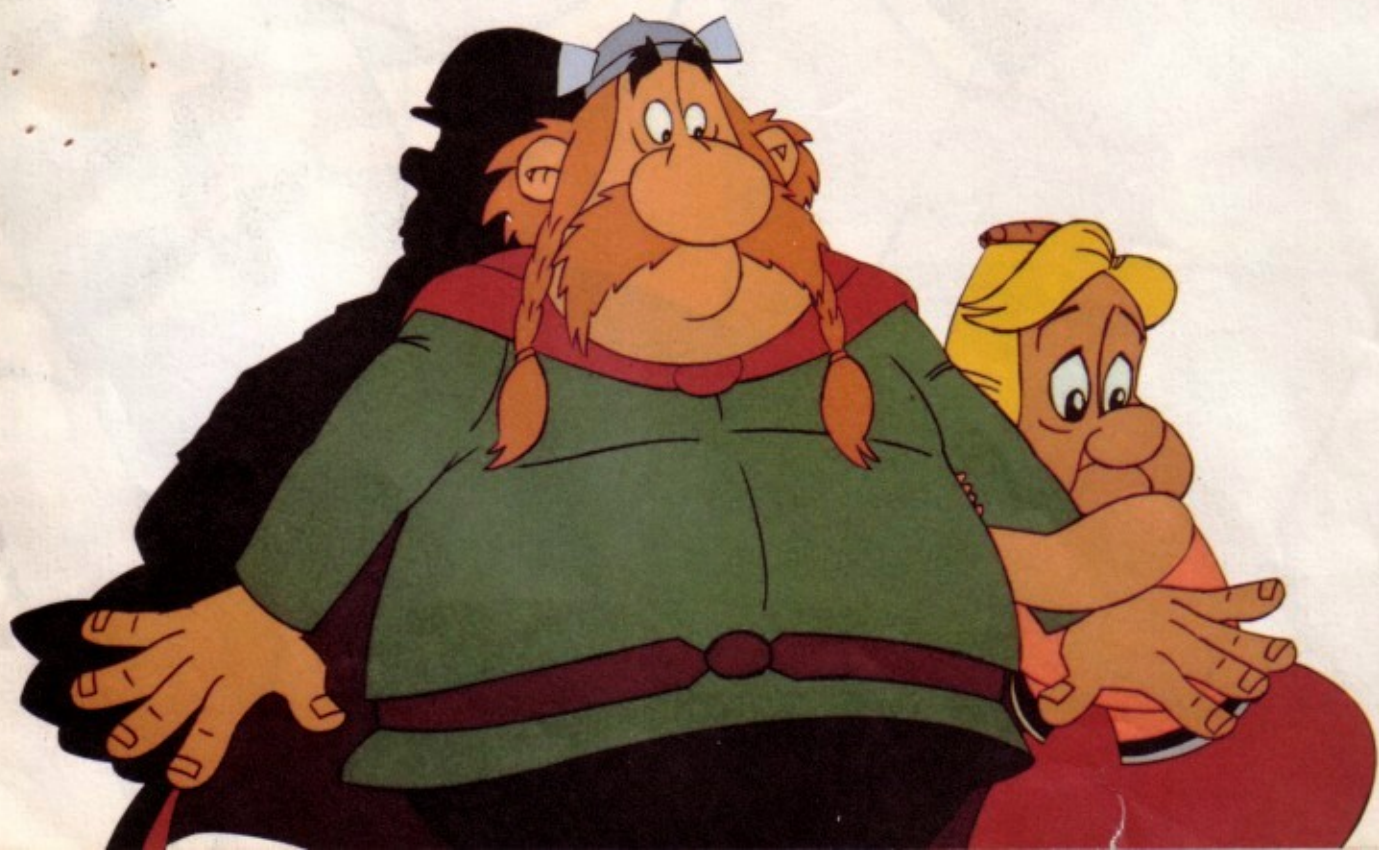
– ¡Ha perdido la memoria!

¿Quién sería capaz de adivinar lo que pasa por el cerebro de Panorámix? Ese gordo bonachón que le mira desde arriba se hincha como un odre gigantesco, rebota y sale por los aires, se convierte en cuadrado, vuelve al suelo y camina orgulloso como un gallo. ¿Y el alfeñique con su guitarra, forrado de cuero? ¡Qué talento! Lleva el ritmo en la sangre. ¡Un grandioso espectáculo jamás visto en Armórica! “Un golpe de menhir... Un golpe de menhir...” Las mujeres de la aldea repiten a coro el estribillo y, transportadas por la música, bailan cadenciosamente.





¡Las desgracias nunca vienen solas! Negras nubes se ciernen sobre la aldea. ¡Nos atacan los elementos! Se levanta viento. Estalla un relámpago. Le sigue un rugido sordo. Taranis, el dios del trueno, se desencadena con singular furia. La lluvia barre el pueblo, los árboles se doblan bajo la borrasca, las casas resisten como pueden. ¿Por qué tanta violencia? ¿Qué es aquella extraña y amenazadora sombra que se dibuja a lo lejos y se proyecta sobre el suelo mojado? El miedo ancestral se insinúa en el espíritu de cada galo. Un miedo que nos roe de generación en generación. “¿Va a caernos el cielo encima?” Panorámix es nuestro protector, pero ¿qué podrá hacer en adelante por nosotros?





Ancestral o no, el miedo es lo que se reparte mejor del mundo. Rápidamente, la casa de Abraracúrcix se transforma en refugio colectivo. Todo el pueblo está allí. Temblando de miedo, jóvenes y viejos, mujeres y niños, se apretujan unos contra otros. A su vez, el pescadero prueba de conjurar la suerte blandiendo sus pescados al cielo. Abraracúrcix se halla seriamente impresionado y abatido. Obélix y yo intentamos calmar los ánimos. Trabajo inútil: el cielo es la estrella de la velada. Ni aun el bardo con sus gorgoritos consigue calmarla (¡a la estrella, claro!).

BRRRAUUUM... Taranis expresa su buen humor. A la explosión sigue un profundo silencio. Entonces, llaman a la puerta tres veces. Al abrirse ésta, irrumpe una luz cegadora. En el marco se dibuja una inmensa silueta aterrador, mitad hombre, mitad bestia. ¿De dónde viene? ¿De qué profundidades ha salido? ¿Cómo ha llegado hasta nosotros? Nadie se mueve, todo el mundo queda petrificado de angustia.

– Y bien, jefe, ¿no vas a recibir a ese visitante?

Abraracúrcix se adelanta, temblando.

– ¿Qui... quién eres, viajero?

– Me llamo Prólix. **Sabía** que iba a estallar la tormenta y me he apresurado a llegar hasta tu casa, pues **sabía** que podía contar con tu hospitalidad.

– ¿Co... cómo sabías todo eso?

– **ISOY ADIVINO!**

Los galos exclaman a coro:

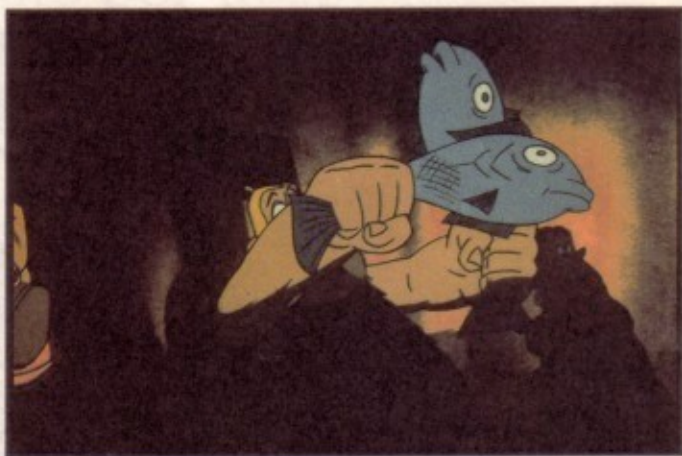
– **¡¡UN ADIVINO!!**

¡Patatrás! No es precisamente el cielo lo que nos ha caído sobre la cabeza, es un adivino que nos ha caído en brazos. Éste, con su aspecto de adivino errante y sus cabellos a los cuatro vientos, es de un género al cual soy absolutamente alérgico. Los dioses son testigos, me repugnan esos charlatanes que roban a la gente explotando su credulidad y su miedo. “Adivino”, sin duda alguna, que ése va a traernos problemas. ¡Y Panorámix todavía bajo los efectos del menhirazo! Pérfido, el adivino insinúa:

– Aquí hay alguien que tiene un espíritu rebelde, y eso al dios del trueno no le gusta.

Efectivamente, Taranis nos ensordece siguiendo con su loca cólera. Fuera, el cielo se vuelve negro. Sólo los relámpagos desgarran la noche. No obstante, nada, nada en absoluto quebrantará mi profunda convicción: Tutatis, el dios de la aldea, nos protege. Ha habido otras tormentas. Y habrá otras. Entonces, ¿por qué dejarse llevar por el pánico? Cuando ofrecemos al adivino con qué reponer fuerzas, Obélix se otorga sin más el único jabalí asado, dejando para nuestro visitante el tazón de leche. Obélix siempre ha tenido una concepción muy personal del reparto, sobre todo cuando se trata de comer. Karabella, la esposa de nuestro jefe, a la que aturde esta historia del cielo, no puede por menos de plantearle la pregunta ancestral:

– ¿Va a caer el cielo sobre la cabeza, sí o no?







Para responder propiamente, el adivino pide las entrañas de un animal. Su mirada, puesta sobre Ideafix, indica claramente sus intenciones. El perrito se precipita aullando en los brazos de Obélix, quien manifiesta:

– ¡El primero que toque a Ideafix, se gana una torta!

A lo cual añadió:

– ¡No te fíes, adivino! Las predicciones de Obélix son a menudo exactas.

Siempre dispuesto a cooperar, sobre todo cuando se trata de hacer desaparecer su reserva de invendibles, Ordenalfabétix ofrece uno de sus huéspedes... El adivino se sumerge entonces en la lectura de las entrañas del pescado.

– Por Borvo, dios de los hechiceros... por Damona, la genio... y a pesar de lo que piensen los incrédulos, veo que el cielo no os caerá sobre la cabeza. Y que después de la lluvia... hará buen tiempo.

– ¡Uf! ¡Qué alivio! – exclama Karabella. ¡Y no es ella sola! Todas las mujeres se regocijan y admiran la clarividencia del adivino.

– Veo también que estallará un alboroto.

¡Esto ya es DEMASIADO! ¿No ven que ese adivino enhebra una cosa con otra como otros enhebran perlas?

Exclamo:

– ¡Si Panorámix estuviese aquí, os diría que no creyeseis a ese impostor! ¡Esto es ridículo!

– Es peligroso negar la existencia de los dioses.

Ya empiezo a estar hasta las narices de las sentencias del adivino. Karabella, encantada, insiste:

– Pero, Astérix, el pescado ha hablado...

¡Un pescado! ¿Esa cosa que despidе tal peste puede llamarse todavía pescado?

Por una vez, el adivino está de mi parte:

– Las noticias no eran muy frescas, la verdad...

¡El único pronóstico auténtico que puede hacerse es que aquel que lo coma enfermará! El herrero recomienda:

– Sí, hay que reconocerlo... Ahora que lo hemos leído, hazlo desaparecer cuanto antes.

Siempre he dicho que cuando se trata de la frescura de sus productos, el pescadero es de una susceptibilidad terrible.

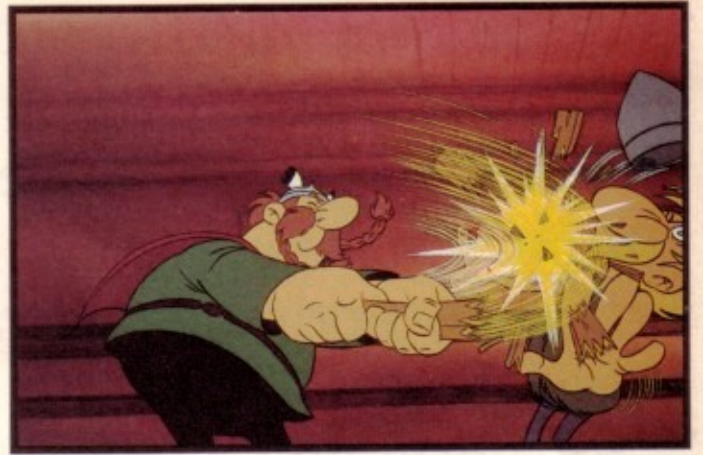
¡PAF! Sirviéndose del pescado como de un garrote, asesta un buen golpe en la cabeza del herrero. Rápidamente, la pelea causa estragos... Vuelan jarros, llueven golpes. ¡¡Ellos también se han vuelto locos!! ¡No es el momento, precisamente!

Ante este desolador espectáculo, el adivino se alegra. Aprovechando la confusión general, se escabulle hacia la salida. Pero cuando abre la puerta, un raudal de luz inunda la estancia.

– Como había predicho, después de la lluvia... el buen tiempo. Debo dejaros, otras aldeas necesitan mi ciencia...

– No te vayas, adivino... – gime Karabella.

¡De buena nos hemos librado!



SPLATCHHH!

BOMM!

PIFFF!

PAF!



Volvamos a nuestro problema, quiero decir a Panorámix, que aún no se ha repuesto del menhira-zo. Apoyado en la cabecera de su cama, Abraracúrcix se pregunta:

– ¿Cómo podremos curarle? Tiene que haber alguna solución.

– Él sabría qué poción hacer para restablecerse. Entonces yo caigo en ello:

– ¡La poción! ¡La poción mágica!



Perdido en el limbo de su loca alegría, Panorámix no comprende.

Nos pregunta inocentemente:

– ¿La poción mágica? ¿Qué poción mágica? ¿Quién es ese Panorámix del que me habláis todo el rato?

Nuestro jefe baja la cabeza y murmura:

– La situación es grave... Si los romanos saben que nuestro druida está enfermo...



¡No hay tiempo que perder: sin poción, somos vulnerables! Nuestro jefe y yo ponemos la marmita al fuego. Por su parte, Obélix reúne todos los ingredientes que le vienen a mano.

– ¿Y yo qué hago? – pregunta Panorámix, quien, decididamente, no comprende de qué va la cosa.

– ¡Pon ingredientes en la marmita!

Una cosa es cierta, el juego le divierte locamente. Una pizca de azafrán, una zanahoria, un manojo de puerros, una col, una brazada de revoltijo, un dedo de líquido castaño...

Con todo esto, la marmita hierve a más y mejor. Divertido y temeroso, Panorámix tiene miedo. Como un niño, se refugia en brazos de Obélix, cuya enorme estatura le tranquiliza. Abraracúrcix y yo estamos perplejos. El jefe me murmura:

– Parece como si se acordase de la fórmula.

Panorámix vuelve a su mixtura. ¡Blop, blop, blop!

Y prosigue su tarea preguntándome:

– ¿Pongo esto también?

¡BAOUM!

¡BAOUM! La marmita explota y, propulsada por los aires, desaparece. ¿Simple error de dosificación, quizá?

Panorámix no se deja vencer tan fácilmente:

– ¡Ji, ji, ji! ¡Volvamos a empezar!

Obélix va en busca de otra marmita. Hay que conseguirlo. Panorámix debe conseguirlo. Sólo él tiene el secreto de la poción mágica de la cual depende nuestra suerte. Como todos saben, Obélix se cayó en la marmita de la poción cuando era pequeño. Pero a nosotros, que no tuvimos esa suerte, ¿qué nos pasará?

¡BAOUM!

¡BAOUM! Explota otra marmita, que se eleva como un menhir lanzado por Obélix...

Escudo por delante, una patrulla de romanos avanza prudentemente por el claro del bosque. Todos saben el riesgo que corren en un territorio tan inseguro. De su último paseo por el bosque guardan un fuerte recuerdo, clavado en su cabeza como un menhir en el suelo. Precisamente, aquel día volaban menhires... Prudentes, marchan ojo avizor y oído atento. El legionario Avestrus, que va en cabeza del pelotón, no entiende de dónde viene ese silbido metálico por encima de los árboles. Duda, se detiene un momento para observar cómodamente qué pasa y...



CLONC!

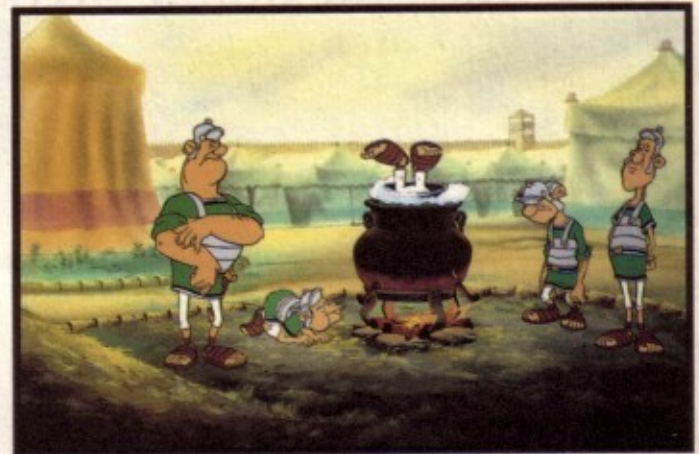
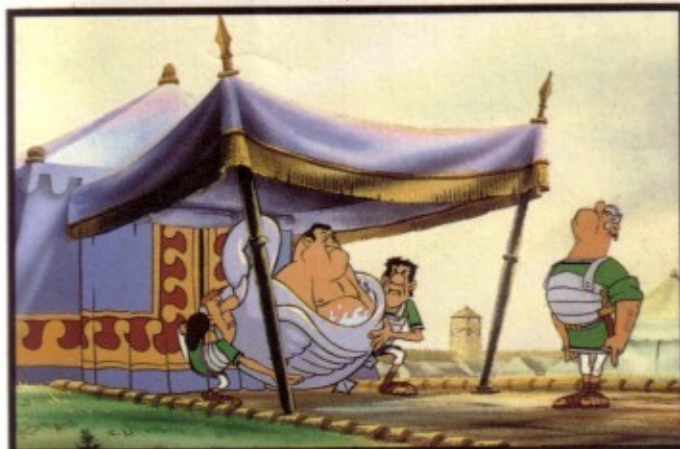
¡Una marmita caída del cielo va a darle en pleno casco! Ni tiempo tiene de decir ¡UF! cuando ya se siente engullido. Efectivamente, se trata de una hermosa y gran marmita, especial para la sopa de pescado, que, por cierto, le va muy bien al legionario: sólo saca los pies en sus sandalias y las manos...

Reconoced que el espectáculo es sabroso. En su delirio, Panorámix ha apuntado bien. Ataviada así, la patrulla vuelve cabizbaja al campamento... Los legionarios dan su informe y explican la situación al centurión, que toma su baño.

- En su aldea hacen unos ruidos terribles...
- ... Lanzan marmitas a lo lejos...
- ¡Haced salir a ese imbécil! Es voluntario para ir a espiar a los galos.

Tal es la respuesta marcial del centurión.

La orden no provoca precisamente el entusiasmo del legionario Avestrus. Habiendo reflexionado, se siente profundamente unido a la marmita. ¿Por qué abandonarla cuando ella y él forman ya una pareja inseparable? Sus compañeros no comparten su punto de vista, porque saben de sobra que si Avestrus no cumple su misión, enviarán a otro de ellos. Puesto sobre el fuego, el soldado siente que le suben los colores a la cara...



El adivino se ha ido de la aldea de mala gana. Tras él deja un buen potencial de clientes. Sabe en qué medida la esperanza es un mercado ilimitado, intemporal incluso. Esto bien vale alguna superchería, y la receta es simple: una pizca de ilusión y un halo de misterio bastan para tener en jaque al público. Adivinando tonterías se pueden amasar buenos sestercios. He aquí una forma como otra de asegurar su vejez sin fatigarse inútilmente. La pega, ciertamente, es que, a veces, los adivinos tropiezan con incrédulos como Obélix y yo. ¡No se puede prever todo! Así que nuestro adivino ha preferido poner tierra por medio. Solo en el bosque, marcha hacia otros destinos. Cuando se impone un alto, saca de su fardo un mísero mendrugo de pan: el porvenir no se anuncia bajo los mejores auspicios.







Firmemente decidida a proseguir su conversación con el adivino (se juega muy poco a las adivinanzas en la aldea), Karabella se lanza tras su rastro: no es cuestión de dejar escapar la única ocasión de saber si, un día, ella formará parte del Todo-Lutecia. El adivino, que la oye acercarse, se levanta y sigue su camino. Comediante como es, adopta un rostro impenetrable.

– ¡Adivino! ¡Espérame, adivino!

¡BAOUM! En lontananza resuena la explosión de una marmita. Una ganga para el adivino.

– ¿Ves? La cólera de los dioses continúa. ¡Os advertí que es peligroso no respetar a un adivino!

– No te vayas, adivino, quisiera consultarte sobre mi porvenir.



– ¡No! ¡No! Hay espíritus rebeldes en tu aldea. Ese hombrecito del mostacho rubio y aquel gran monstruo que no quiere que se lea en su perro...

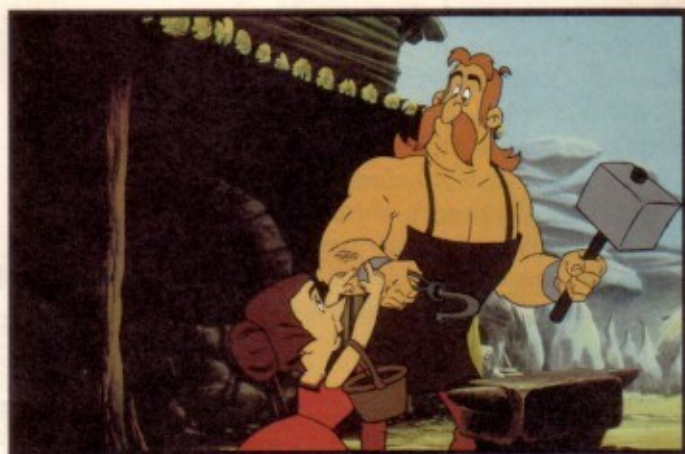
En la conversación que sigue, Obélix y yo somos tema de discusión. Karabella es diplomática. Intenta conservar a su adivino a base de palabras, pero hay unos límites que ella no puede salvar. ¿Qué hacer? ¿Por qué el adivino no se queda en el claro del bosque? Ella, Karabella, se compromete a proporcionarle comida y bebida.

– ¡No, no! Nosotros, los adivinos, llevamos una vida de meditación... Tráeme solamente algo para leer: jabalíes, patos, pollos, cerveza...

– ¿Lees también en la cerveza?

– Si se echa bien, sí, resulta muy legible.

En el sombreado claro, el nuevo habitante del bosque le describe un porvenir radiante. Rebotante de alegría, Karabella vuelve a casa. En el camino, encuentra a la mujer de Edadepiédrix, a la cual no puede por menos que confiarle su secreto. La joven es un ser delicioso a quien le gusta compartirlo todo. Todo. Particularmente los secretos. Con la generosidad que la caracteriza, se apresura a ir casa por casa con el chismorreo para caldear el ambiente.



Calma chicha. De explosiones a proyecciones, Panorámix ha preparado una nueva receta que, de momento, no explota. ¿Será LA posición? Para comprobarlo, sugiero emplear un catador, de preferencia un romano; hay muchos que rondan entre los matorrales. En el bosque, nos cruzamos con Karabella. Feliz, aunque quizá algo confusa de encontrarnos. ¡Últimamente Karabella se comporta de una forma muy rara! Obélix propone cazar un par de jabalíes, pero instantáneamente, la esposa de Abraracúrcix nos invita a comer. ¡Francamente, no es el momento!

– ¿Rechazas una invitación de la mujer de tu jefe, Astérix?

Apartados así de nuestra misión, encontramos a nuestro jefe pensativo, a punto de tomar un baño de pies. ¡Sorpresa! ¡Ninguno de nosotros dos da crédito a sus oídos!

Karabella ha dicho:

– ¡Traigo invitados, Cerdito!

¡Obélix y yo no nos atrevemos a mirarnos! ¡No podemos aguantar la risa! Es Obélix quien primero estalla.

¡AAAJAJAJiJiJoJo!

– ¡No me habías llamado Cerdito desde que nos casamos!

Cuando se trata de aguantar la risa, mis facultades son muy limitadas, y exploto a mi vez. Es sabido que a los jefes no les gusta el ridículo (y menos cuando son ellos el motivo). Abraracúrcix, en eso, cumple como el que más.

– ¿Qué os pasa a vosotros dos?

Y, volviéndose a su mujer, añade:

– ¿Puede saberse por qué has invitado a esos dos graciosos?

– ¡Pues porque son los mejores guerreros del pueblo, Cerdito! El druida está enfermo y los romanos podrían atacar la aldea...

– Pero los romanos están tranquilos ahora.

– Sí, Cerdito, pero sin poción mágica nunca se sabe. Astérix y Obélix deberían quedarse aquí y no volver al bosque, Cerdito.

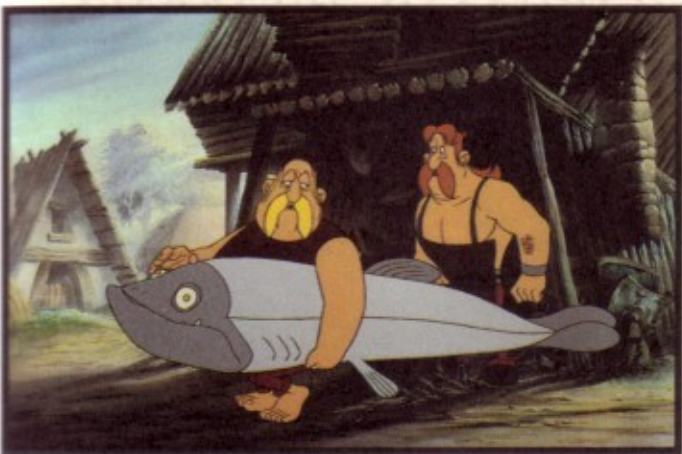
Entre dos hipidos intento una indicación pertinente:

– Escucha, Cerdito, jefe nues...

Mis palabras se ahogan entre la risa descomunal de Obélix. Nada como eso para atraerse la ira del jefe.

– ¡Ah! ¡¡Esto os divierte!!... ¡Muy bien, os quedaréis en el pueblo y protegeréis al druida! ¡Es una orden!





En el bosque reina una animación poco corriente. Karabella avanza con cuidado, con un cesto rebosante de vituallas. No se da cuenta de nada: ni del tronco que anda, ni del búho que se balancea en una de sus ramas.

– Oh adivino, te he traído con qué leer mi porvenir en Lutecia. ¡Vaya, qué tonta soy! ¡Esta oca no tiene entrañas: está rellena!

– Trae, trae. Me gusta leer el relleno...

Sentados en el borde del cráter, asistimos impotentes a los ensayos infructuosos de Panorámix, cuando pasa Edadepiédrix doblado bajo el peso de una ánfora. ¿Dónde va? ¡Igualmente Ordenalfabétix saca sus pescados a tomar el aire!

?!?

– Aquí pasan cosas muy raras.

– Lo que pasa es que todos van al bosque muy contentos.

Obélix tiene razón. ¡Vaya, si es nuestro jefe, que vuelve del bosque cantando!

– ¡Eh, jefe!

Ni nos ve, ni nos oye.

– Pero ¿¿qué demonio pasa en ese bosque??

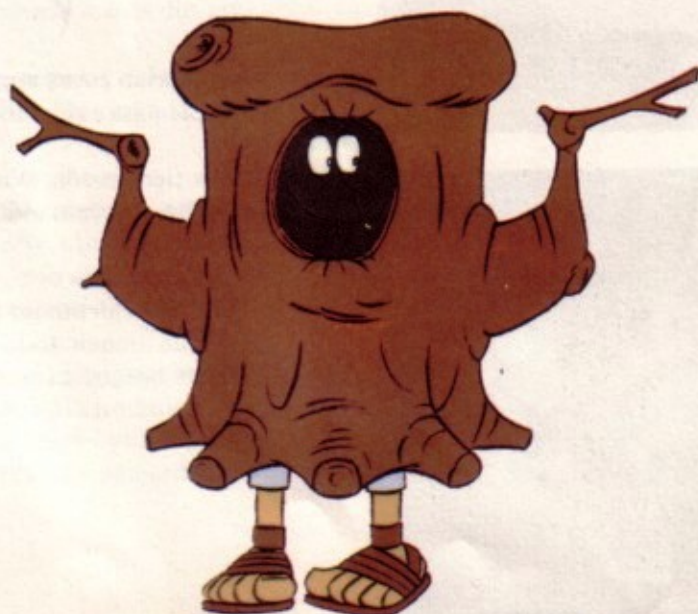
¿Por qué tienen todos ese aire de atontados? Van hacia el bosque cargados y vuelven de vacío, con la mirada ausente. ¿Cuál será la razón de esa rara conducta?

Es Ideafix el primero que ha descubierto el árbol con el búho. Un árbol en el bosque es normal, un búho en un árbol, también. Pero es que ese árbol habla, anda y luego se esconde torpemente tras la empalizada de la aldea. A pesar de nuestra experiencia, no lo habíamos visto. El instinto de Ideafix lo ha advertido: ese tronco es sospechoso. ¡GUAU! ¡GUAU! El árbol-legionario-espía huye. Obélix lo atrapa sin dificultad y lo lleva hasta la marmita. Allí, saca a Avestrus del árbol.

– ¡Mira, Astérix! ¡Mi primer legionario disfrazado de árbol!

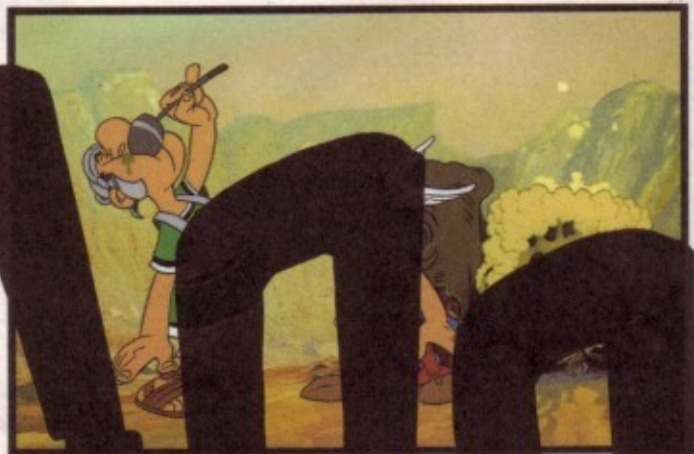
– ¡No me hagáis daño!

– ¡No, qué va! Sólo vamos a ofrecerte un poco de sopa. Eso es todo.





Doy a Avestrus un cucharón colmado, y él, tarugo y disciplinado (la legión romana forma bien a sus tropas), se lo traga. ¡Anda, se pone verde! Otro cucharón: ¡se pone azul! ¡Aquí está, rayado como los pantalones de Obélix! Panorámix, imperturbable, sigue añadiendo ingredientes a su poción. El romano se transforma en león. Ahora le sale una cola de dragón. El ritmo se acelera. De cucharón en cucharón, asistimos a interesantes mutaciones. De pronto, nuestro catador preferido se infla... Al doble, al triple, al cuádruple de su volumen. ¡¡Nooo!! Todas estas metamorfosis no inmutan en absoluto a nuestro druida, absorto en sus investigaciones. Un cucharón más y el legionario se hace pequeño, pequeño, pequeño... ¡Pero si no lo hemos hecho cocer!



Hablando de cocer, Panorámix lo coge delicadamente y lo sumerge en la marmita. ¡PLUF! Si eso continúa mucho rato, nuestra sesión de prácticas terminará por cansar al pobre Avestrus.

Al fin, obtenemos una réplica fiel del original. ¿Habremos encontrado la fórmula?

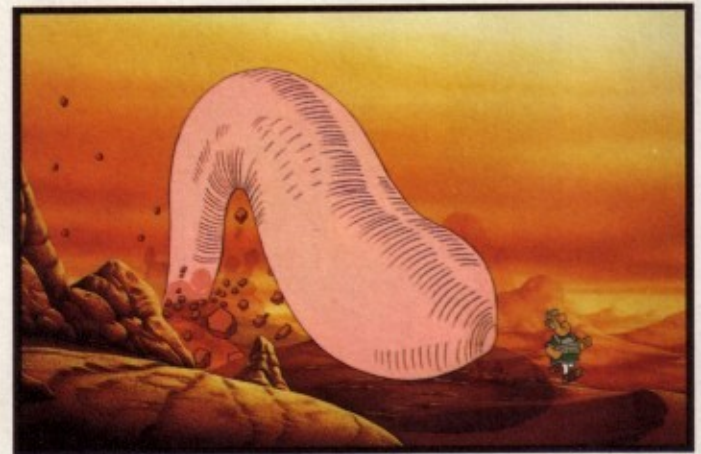
– ¿Cómo te encuentras, romano?

– Bien... Muy bien. Me siento ligero... ¡Muy ligero!

¡Aaaah! ¡Cogedme!

Y he aquí que se eleva, con gran contento de su amigo el búho.





Mientras, en el campamento de Petibónum, el centurión salta de impaciencia. A la puerta, el centinela duerme apaciblemente. No por mucho tiempo.



- ¡Eh!
¿De dónde sale esa voz? Se frota los ojos. Mira en torno. Nada. ¡No, allá arriba! ¡Por Júpiter! ¡Qué cosas más raras pasan en este campamento fortificado! ¿Quién vuela sobre él? El legionario espía y un búho. ¿Es un nuevo camuflaje?

- ¡No hagas preguntas estúpidas y lánzame mejor una cuerda!

Tras haber atado sólidamente a Avestrus, el centinela lo lleva ante el centurión, que está de un humor de perros. Ver al legionario volando, recortándose en el cielo, lo enfurece aún más.

- ¿Qué manera es ésa de presentarse? ¡Baja en seguida!

- ¡No puedo! ¡Soy muy ligero! Ligero como una mariposa.

- ¡Traedme a la mariposa!

Avestrus hace un informe muy ligado. Lo cuenta todo: el druida, la marmita, la sopa... Y, sobre todo, los ensayos a los que aceptó someterse con toda confianza. Cuenta con detalle sus experiencias, los efectos secundarios notados... La misión de espionaje resulta bien atada.

- ¡Su druida experimenta nuevas pociones y no para de reír!

- ¡Vaya, lo que nos faltaba!

No es cuestión de dejar a Avestrus volar a su antojo, todavía puede servir. De modo que el centurión ordena atar la cuerda a una estaca, cosa que no alegra mucho a nuestro legionario-espía-catador.



Avestrus, ligero como una mariposa, ha levantado el vuelo y regresado a su campo, donde ha dado su informe. Ahora, todo el campamento romano está ya al corriente de que en nuestra aldea pasan cosas extrañas. El centurión se sume en profunda reflexión...

– ¿Qué pueden estar tramando?

Prudencia, lo mejor es enviar una patrulla a vigilar a esos irreducibles galos. ¿Irreducibles? ¡Quizá no tanto! Si las marmitas empiezan a explotar, si el druida pierde su poder, entonces el pueblo está a su merced. Allí donde César ha fracasado, puede que ÉL triunfe.



– ¡Venceré a todos esos galos! – se promete el centurión. Él ama, admira, envidia a César, sueña con ser ese noble conquistador que pasará a la historia. Al fin, la victoria está próxima.



¡Aquí pasan cosas muy raras! ¿Qué se tramará dentro de ese bosque? ¡Obélix, vigila a Panorámix!

Desobedeciendo la orden de Abraracúrcix, me lanzo. Llego a un claro donde me espera un espectáculo sorprendente. Allí hay instalado un acogedor refugio. Pero ¿para quién? Seguro que para un gran tragón. Lo testimonian los restos de comida, esqueletos de aves, huesos de jabalí mondos y lirondos... jarras vacías, barrilillos de la mejor cerveza... ¡Por Tutatis, aquí ha habido alguna fiesta! ¿A quién le gustarán tanto los placeres y la buena mesa?

— ¿Hay alguien?

Veo a Karabella cargada con una bandeja donde todavía humea un jabalí asado sobre un lecho de apetitosas legumbres. No sé cuál de los dos queda más sorprendido. Como galo cortés y galante, me dirijo hacia ella para ayudarla, pero, contra toda lógica, en lugar de agradecerme, Karabella me grita:

— ¿Dónde está?

— ¿Dónde está QUIÉN?

Decididamente, no entiendo nada.

Ella continúa (una furia no lo hubiese hecho mejor):

— ¡Tú le has echado! ¡No obstante, tu jefe te había prohibido venir al bosque!

Dando media vuelta, se va corriendo en dirección a la aldea. No puedo dejarla marchar así, sobre todo cuando no sé todavía a quién he echado yo. Karabella grita cada vez más fuerte y alerta a todo el pueblo:

— ¡Grandes desgracias caerán sobre nosotros! El adivino ya me lo advirtió.

— ¿El adivino?

Es verdad que el sujeto ha levantado el vuelo, pero ¿adónde ha ido? Corro tras Karabella, que siembra el pánico en el poblado.



**¡ASTÉRIX
HA ECHADO
AL ADIVINO!**



Sí, si hubiese sabido dónde estaba, hubiera echado a ese pájaro de mal agüero. Por una vez, los romanos han hecho una obra de salubridad pública, pues el maldito adivino está con ellos. Descubierto y cogido en su nido por una patrulla. Increíble pero verdad. El prisionero llega al campamento.

– ¡Ave, centurión! Patrullando como nos habías ordenado, hemos encontrado en un claro del bosque a este individuo, cuyas explicaciones no nos han parecido satisfactorias.

Esta noticia no es muy del agrado del centurión:

– ¡Un prisionero galo! ¿Os habéis vuelto locos? Tú, dime, ¿eres uno de esos salvajes que se nos resisten todavía y siempre?

El adivino no se hace de rogar:

– ¿Yo? ¡Oh, no! No soy del pueblo. ¡Yo no me resisto a nadie! Ejem, ejem. Me llamo Prólix y recorro el país en busca de un protector. Soy adivino.

– ¿Un adivino?... ¿Eres un auténtico adivino galo?

– Sí... Por ejemplo, veo que te ascenderán. Harás grandes cosas.

– ¿Venceré a los irreductibles galos?

– Me lo has quitado de la boca.

– Pues no estás de suerte, adivino. Tenemos orden de Roma de arrestar a **todos** los adivinos galos.

– Bueno, ahora bromeaba. No soy un verdadero adivino...

– ¡No obstante, me acabas de decir que me ascenderán!

– ¡Aprovecho la credulidad de la gente para vivir sin trabajar!

Pero el centurión, poco convencido, decide ponerlo a prueba y saca una moneda. Al ver el oro, los ojos del adivino crecen como escudos romanos.

– ¿Cara o cruz? – pregunta el centurión.

– Ni la una ni la otra – afirma el adivino, las manos resignadamente recogidas sobre su túnica.

El centurión lanza entonces la moneda, que da vueltas, duda, va en sentido contrario y queda inmóvil... de canto.

– ¡Ha acertado! En cuanto me predijo que me ascenderían, supe que era un **verdadero** adivino.

¿Verdadero o falso? El adivino da un cúmulo de explicaciones absurdas. Describe a los galos como seres ingenuos, estúpidos, ávidos de predicciones, más que nada, crédulos. De pronto, el centurión tiene una idea, efectuar una auténtica estrategia romana: ya que los galos adoran las predicciones, el adivino debe volver a la aldea para hacerlos huir.



Desde la entrada del pueblo, el adivino observa a la población reunida en torno a nuestro jefe. Mientras Abraracúrcix me dice que es peligroso desafiar a un adivino, Karabella, la primera en verlo, grita:

¡MIRAD!

– ¡MIRAD! ¡EL ADIVINO! ¡EL ADIVINO! ¡HA VUELTO EL ADIVINO!

¡Imposible desembarazarse de ese odioso personaje! ¡Oh, no! ¡Haz algo, presiento que mis amigos creerán todo lo que él les cuente! Es desesperante, todos están dominados por él. ¿Qué puedo hacer? Sumergido en mis pensamientos, he olvidado al adivino, que arenga a la gente y espanta a mis amigos profiriendo frases cargadas de amenazas. Los de la aldea beberán sus palabras como agua de mayo, estoy seguro.

– Sí, galos, he vuelto para deciros que el MAL está sobre vosotros. Vuestra aldea está MALDITA por los dioses. ¡El aire mismo que respiráis vendrá de las profundidades infernales! ¡Será nauseabundo, envenenado! ¡Vuestras caras perderán el color de la vida! **¡HUID! ¡HUID, IMPRUDENTES! ¡ES VUESTRA ÚNICA OPORTUNIDAD DE VIVIR! ¡YO YA OS HE AVISADO!**

Consciente de su responsabilidad, Abraracúrcix decide respetar la supuesta voluntad de los dioses.

– Vamos a instalarnos en la islita, no lejos de la costa. ¡Esto es ridículo! ¡No estoy de acuerdo!

– ¡No, yo me quedo!

Obélix decide irse. Pero en el último momento, gracias a Ideafix, que se ha refugiado en mis brazos, opta por no embarcar. Me tranquilizo, aunque no conviene entretenerse.

– Los romanos podrían atacar de un momento a otro, será mejor que nos escondamos en el bosque...



Solos, nos quedamos solos, Panorámix, Obélix y yo, abandonados por todos. El druida, ajeno a nuestra soledad, prosigue sus juegos de pociones. Resuena una violenta explosión. La marmita escupe fuego como un volcán en erupción. Alarmado, me precipito a socorrer al anciano.

– ¡Panorámix, aléjate!

Resuena una nueva explosión, más violenta. Otra más. Al fuego sucede un humo sofocante que fluye inexorable de la marmita, el cual se extiende en una oleada continua, cubriendo el paisaje con una espesa niebla. ¿Qué pasa? No puedo respirar. Me ahogo. Mis piernas son de serrín. Me siento desfallecer. Todo se vuelve negro. Me desplomo. Obélix ha visto cómo la ola me tragaba. Me llama, la ola de humo abrasa, pero él me rescata, inconsciente. Delicadamente, deposita mi cuerpo inanimado sobre una roca.







La escena que sigue hará estremecer a más de uno. Al pueblo llega el adivino, acompañado del centurión, y éste escoltado por su tropa de legionarios. No falta nadie: ¡esto lo explica todo!

Después de evolucionar delante de sus tropas por la desierta plaza, el centurión, seguido de su ayudante y del adivino, penetra en la casa del jefe.

En el umbral de la puerta, tiene buen cuidado de precisar a un legionario:

– Ve a Roma a llevar un mensaje a César. Le dirás: “Toda la Galia está ocupada.” Él te preguntará: “¿TODA?” Tú le responderás “TODA.” Él comprenderá... Como diría César: “¡Llegué, vi, vencí!” ¡Bravo, adivino, eres realmente bueno!

Por su parte, el ayudante insiste en llevar también al adivino a Roma. Total, Roma ha ordenado que se coja prisioneros a los adivinos galos. Ahora que sus predicciones han resultado exactas, pueden eliminarlo. Éste se defiende.

– ¡Pero si no sé hacer verdaderas predicciones!

Animado por su fácil éxito, el centurión insiste, quiere saber más. ¿Qué dicen los dioses?

– Responde o te hago abrir en canal para leer en tus propias entrañas.

– Bueno, yo predije que el aire sería nauseabundo en el pueblo –explica el adivino, sin argumentos ya.

Entonces, el centurión frunce la nariz, husmea el aire.

– ¿No encontráis que, de pronto, aquí huele muy raro?

Nuestros tres comparsas se ponen a estudiar la atmósfera. En este momento, se abre la puerta y entra un legionario lívido.

– Centurión, el aire del pueblo es irrespirable. Pestilente. ¡Aag!

Todos se precipitan fuera. Del claro sube una columna de humo. La aldea toda está envuelta en una niebla espesa y nauseabunda. La tropa, anonadada, presenta un color verdoso y gime, el corazón en la boca. Los romanos tienen el olfato delicado.

Tan pronto llegados, como idos. Se da la orden de evacuar el pueblo.





No, decididamente, no. Panorámix no ha encontrado todavía la poción que le devuelva la razón. Sólo ha elaborado un mejunje cuyas emanaciones han hecho huir a la legión romana, y esto ya es un punto positivo.

Nuestro druida no ha perdido por eso la risa demoníaca que siempre le sacude desde que recibió el golpe de menhir. Nuestro buen anciano sobresale de la nube de hedor. De la marmita transformada en cráter, se proyecta una mixtura hirviente. ¡HOP! Panorámix abre la boca y se traga un viaje, un largo trago... El efecto es espantoso. Su boca escupe fuego. Los ojos le salen de las órbitas. Su cara se hincha, se contorsiona... Él aúlla, esta vez de dolor. Solamente entonces, en su perturbado espíritu, se mueve algún resorte. La poción explosiva le ha devuelto la razón. Me ve, medio desmayado, sobre la roca. A mi lado, Ideafix vigila. Inquieto, me llama.

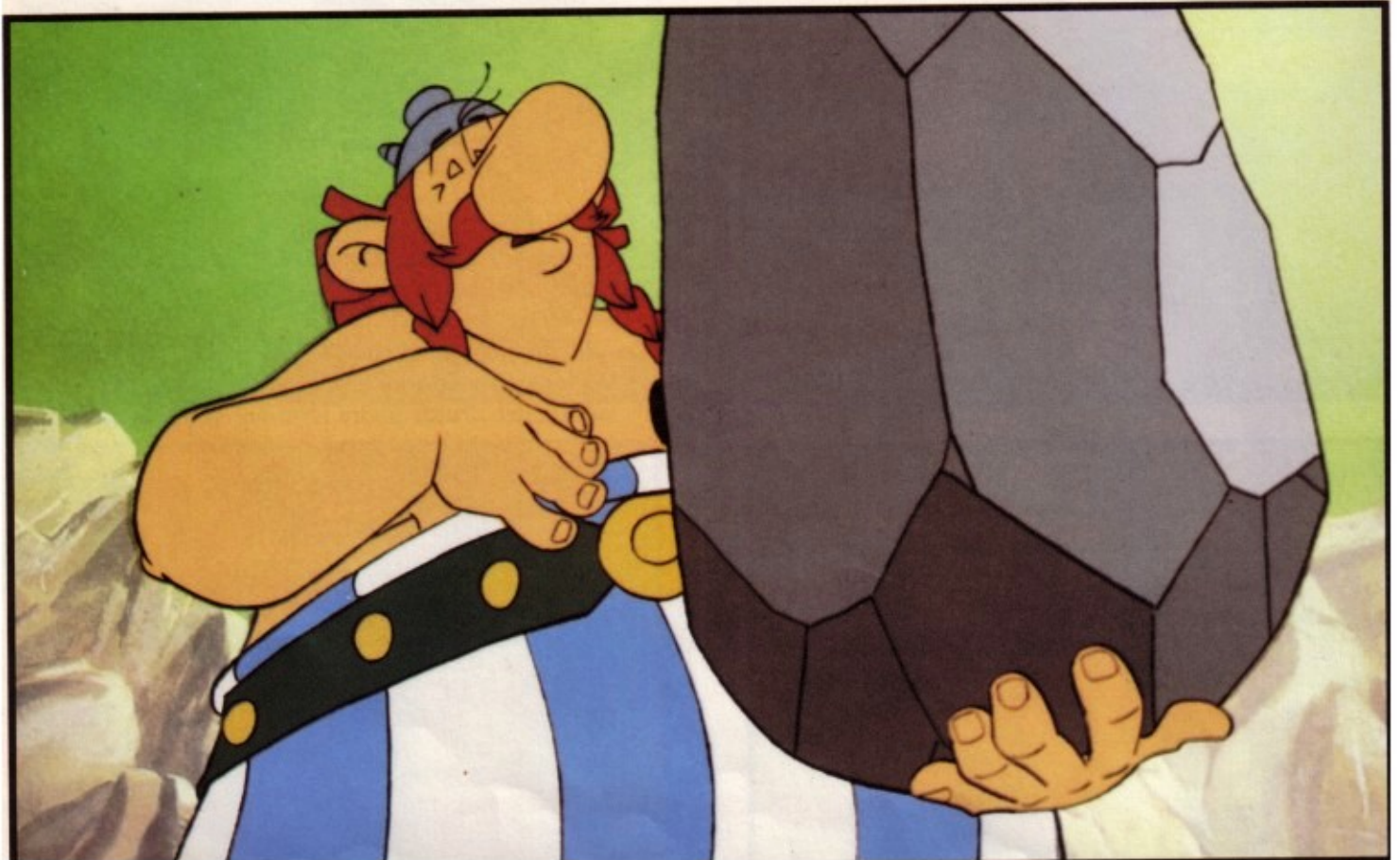
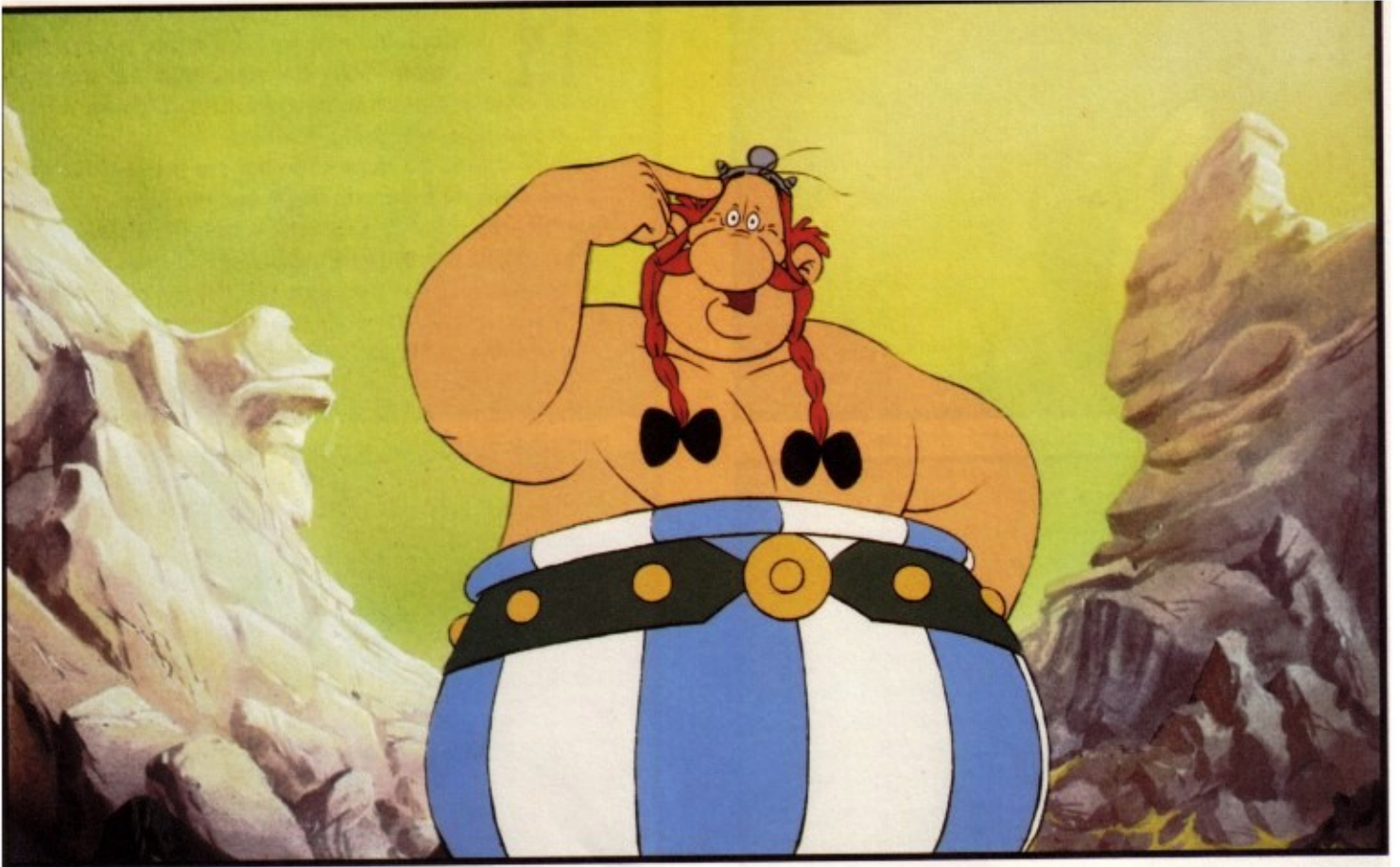
ASTÉRIX!

Las brumas también se disipan poco a poco de mi espíritu. En el momento en que vuelvo en mí, oigo la voz del druida:

- Astérix, ¿me oyes?

- ¡Panorámix, estás curado!

Me levanto y corro a precipitarme en sus brazos. Al fin, nuestro druida podrá terminar con esta mascarada.



BRAOUM!

Con lo gordo que está Obélix y desaparece sin que nadie lo note. Al ver que Panorámix fracasa en sus tentativas de automedicación, ha vuelto al bosque sumido en una profunda reflexión:

– Todo es culpa mía... Cuando pienso que un simple golpecito de menhir... ¡Ooooh! ¡¡Un golpe de menhir!! Quizá otro golpe de menhir le pondría las ideas en su sitio. Además, esto tiene un nombre; sí, ese procedimiento que consiste en sacar un clavo con otro clavo. Total, ¿qué se arriesga?

¡Re-BRAOUM!... El menhir aterriza de lleno sobre Panorámix. ¡Me arranco los cabellos, me vuelvo rojo de ira! ¡No, no puede ser!

– ¡Obélix!... ¿Has tirado tú otra vez este menhir?

– Claro, para curar a nuestro druida... No me dirás que he hecho mal, ¿verdad?

¿Qué he hecho para merecer un amigo así? La pesadilla empieza otra vez. Cuando, de pronto, oímos la voz ahogada del druida:

– En vez de discutir, mejor que me ayudéis a salir de debajo de este menhir.

– ¡Tutatis sea loado! ¡Nuestro druida todavía está curado!

Y Obélix, que siempre lleva una vuelta de retraso y un menhir de adelanto, replica:

– ¿Cómo que todavía? ¡Soy YO quien le ha curado con mis delicados cuidados!

De acuerdo. Es inútil entrar en detalles.

Panorámix propone ir a buscar a los demás. ¡Hay que desenmascarar al adivino por todos los medios! ¡Adelante!



Por su parte, el centurión, satisfecho, ha regresado con su legión al campamento. Ya siente la corona de laurel sobre su cabeza. Uno, los disidentes galos han sido expulsados de Armórica. Dos, el adivino es auténtico. Lleva a éste a su tienda.

– Podría hacerte arrestar, pero aún puedes serme útil. Con tus predicciones y tus consejos, puedo llegar lejos, hasta convertirme en César y todo.

– ¿Yo, adivino? ¿Un adivino, yo? –murmura el charlatán–. No, no...

– Sabría compensarte.

Tras estas palabras, el centurión saca una bolsa de monedas de oro.

Ante un argumento tan convincente, las dudas del charlatán se desvanecen. Una idea se abre camino. Después de todo, ¿por qué no puede ser él un verdadero adivino? El retorno a la realidad es brutal. En la entrada de la tienda acaba de aparecer Panorámix, que se queda allí plantado, con los brazos en jarras.

– ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

– ¡Bueno, has ganado, adivino! –afirma el druida con una sonrisa en los labios.

– ¿Ganado, ganado qué?

– Ah, adivínalo...

Entran en escena las galas, Karabella en cabeza:

– ¡Oh! ¿No lo puedes adivinar?

La mujer del jefe ha traído consigo su rodillo de amasar y no se priva de ejercer sus artes de cocinera. De un golpe certero, envía al adivino rodando sobre la alfombra, luego al centurión. Afuera, sus amigas se despachan a gusto con todo legionario que lleva escudo. En un abrir y cerrar de ojos, limpian el campamento de arriba abajo.

Mientras, por las carreteras de Armórica, un carro romano rueda a toda velocidad. A bordo va el emisario de César, que llega al campamento en plena batalla y asiste impotente a nuestra victoria. Tras recibir algún que otro mamporro, cambia impresiones con el centurión.

– Julio César... me ha pedido... comprobar si habías vencido realmente... a los irreducibles galos.

Claudius Blocus, el enviado especial de Julio César, no tiene pelos en la lengua:

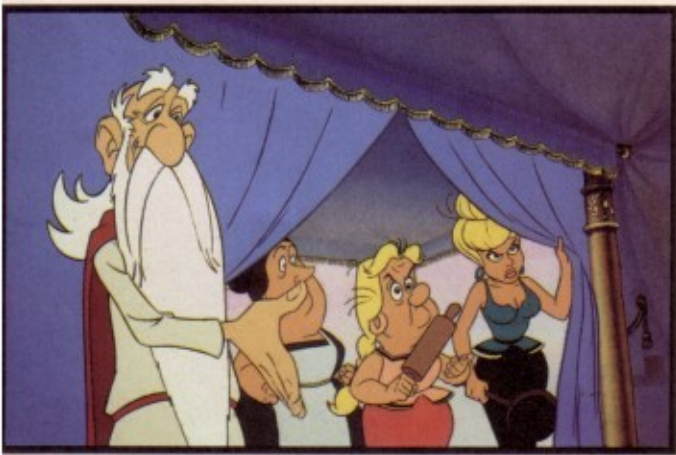
– ¡Por Júpiter, menuda paliza nos han dado, tus vencidos!

– No es culpa mía, es de ese falso adivino.

– ¡¡Silencio, quedas degradado!!







BRAOUM!

La batalla ha terminado. Por una vez, los hombres de la aldea han sido espectadores. Esas damas poseen una técnica diferente, pero eficaz. En la confusión general, nadie se ha fijado en el adivino, que, lo más discretamente posible, prueba de huir. No tiene suerte, Ideafix aún se acuerda de él. Se lanza en su persecución, lo alcanza, se cuelga de sus sandalias.

– ¡El lector del perro! – exclama Obélix.

No se lo piensa, envía un gran menhir en su dirección. **¡BRAOUM!**... ¡Se ve que últimamente se ha entrenado mucho! El menhir hace blanco. De debajo sale el adivino, un tanto envejecido, el aire ausente.

– ¡Noras-ñores! ¡Hip!

Se ha transformado, no hay duda. ¿Tendrán los menhires en el fondo ciertas virtudes psicológicas?

– ¡Venga, volvamos a la aldea!

Atrás queda un campamento devastado. Pero las cosas han cambiado. Reparando en el adivino, el centurión se revuelve y llama a su ayudante.

– Ayudante, arresta a ese impostor.

– **¡Yo no recibo órdenes de un legionario! ¡Y ahora vas a poner en orden el campamento tú solo!** – aúlla el ayudante.

El centurión se dirige al adivino:

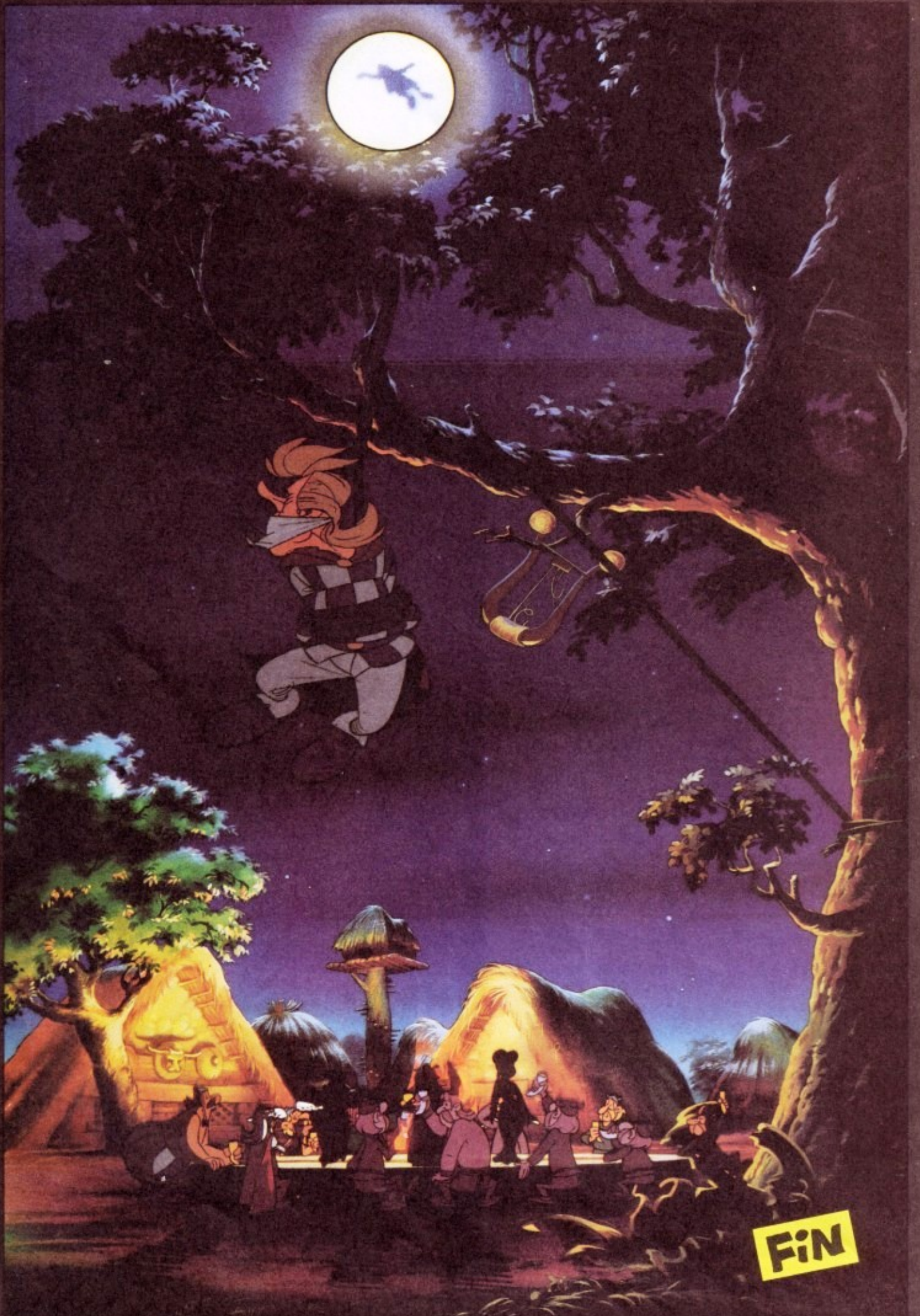
– Fuera, fuera, no queremos civiles en el campamento.

Aprovechando el caos, el legionario volante Avestrus se libera de la cuerda a la que está atado y bate las alas, imitado por su compañero el búho.

Esa noche, el poblado ha recobrado su habitual alegría. Bajo la bóveda estrellada de nuestro bello cielo galo, estamos todos reunidos para un gran banquete. El menú, jabalí asado, causa una gran alegría a Obélix. Cada cual explica a su manera los acontecimientos de las últimas horas... con una excepción. Una vez más, para celebrar nuestro festín con toda tranquilidad, hemos tenido que hacer callar a Asegurancéturix, nuestro incorregible bardo.

Y allá en lontananza, muy alto en el cielo, aparece la silueta de Avestrus, que vuela hacia horizontes más serenos.





FIN

TITULOS
PUBLICADOS:

LA GRAN ZANJA
LA ODISEA DE ASTÉRIX
EL HIJO DE ASTÉRIX
ASTÉRIX EN LA INDIA
LA SORPRESA DEL CÉSAR
EL GOLPE DE MENEUR



ISBN 84-7419-736-8



9 788474 197365